

El asalto

Por Juan Samaniego
(jsamaniego@gmail.com)

Nadie se percató de que en el bus viajaban camuflados tres jóvenes decididos a perpetrar el asalto, dos de ellos de pie en el pasillo y otro sentado mirando el piso. Todo comenzó cuando una señora que llevaba una funda llena de compras gritó aterrada al observar de reojo al joven sentado a su lado, que desembolsaba un arma larguísima y apuntaba hacia arriba, mientras el bus terminaba de detenerse frente a un semáforo destartalado en un tráfico asfíxiante.

Al grito de nadie se mueva carajo, uno de los jóvenes vociferó insultos obscenos, exigiendo a los pasajeros colocar los celulares y billeteras en la bolsa que circulaba entre las personas, que depositaban horrorizadas sus pertenencias. Llantos y ruegos no sirvieron de nada.

Hasta se produjo un momento de terror, cuando uno de los jóvenes apuntó el rostro de un pasajero que había protestado.

El asalto transcurrió en breves segundos que parecieron eternos. Mientras los delincuentes con más aspecto estaban ya en la puerta, dispuestos a bajarse del bus con el botín en las manos, el que parecería más joven y que aún se

encontraba atrás, se detuvo ante una pasajera y le exigió el celular. Cuando miró al azar su rostro, dudó, pensó, se extrañó y por un segundo se detuvo. Un recuerdo lejano pobló su cabeza. Borroso al principio, fue aclarándose hasta reconocer a su profe del último año de colegio que pudo cursar.

Recordó frases entrecortadas que había escuchado de ella. Sintió a los tiempos las buenas vibras que ella le producía, lo que solía decirles y las historias que les contaba. Hasta pudo rememorar sus clases y lo que había aprendido. Se quedó inmóvil, desconcertado y decidido a retroceder y frustrar el asalto.

La profe permanecía sentada y, como todos, asustada. Desde el momento en que los jóvenes subieron al bus, había reconocido a su alumno. Por unos segundos lo recordó como el adolescente que fue, sentado en la clase, más o menos al medio, atento y siempre interesado.

Lo recordó, extrañamente con cariño. Una sensación de confianza inundó a la profe cuando el joven que había sido su alumno la miró y le exigió el celular.

...

Cuando el agente de policía preguntó sobre lo ocurrido a los pocos pasajeros que aún permanecían en el bus, todos se refirieron –en desorden y hablando de dos en dos– al extraño final del asalto que no fue.

Sucedió que el más joven de los asaltantes, que aún permanecía en el fondo del bus, empezó a gritar y a exigir a sus compinches que no, que dejaran todo, que ahora no, que se bajaran, que no se lleven nada. Hubo un cruce de palabras inentendibles, insultos y reclamos entre ellos. Enseguida se bajaron y corrieron desaforados, perdiéndose entre los autos y tumultos de la ciudad.

Junto al chofer, que permanecía paralizado, estaba la bolsa con unos cuantos celulares y billeteras. Cuando el policía preguntó si alguien había reconocido a los asaltantes, nadie supo dar razón. No son del sector –respondieron los pasajeros aún agitados.

La profe, que permanecía sentada, no se inmutó ante la pregunta del policía y continuó observando la calle. Pensaba en la mirada cómplice de su alumno, quien seguramente también la reconoció.